

Queridísimas hermanas:

Estamos en plena Sesión de Educación. Se que esperáis una carta y, de hecho, medito, preparo una desde hace algunos meses. Durante las visitas las hermanas han observado que hablo mucho del Reino. Esto no me ha sorprendido demasiado, pero me ha hecho reflexionar. Por eso voy a hablaros del Reino, tema central no sólo del Evangelio de Jesús sino también de nuestra espiritualidad de la Asunción.

La Congregación fué fundada con vistas al Reino: nació de un pensamiento de celo, un pensamiento de celo por el Reino de Dios. El corazón y el tiempo han consagrado algunas frases:

"Mi mirada está fija en Jesucristo y en la extensión de su Reino"¹.
"Extender el Reino de Dios en nosotros y en el mundo".

Nuestras primeras hermanas hacían un cuarto voto:

"... y extender por toda la vida el Reino
de Nuestro Señor Jesucristo en las almas"².

Y después de cuarenta años de experiencia como fundadora, la M. M^a Eugenia, resumiendo nuestro espíritu, decía a las hermanas: "Ante todo, Jesucristo, Rey de la eternidad, que vive en las almas y en su Iglesia, la extensión de su Reino dentro y fuera de nosotros" (Capítulo titulado: "El carácter propio de nuestro instituto", 2-05-1884).

Nunca daremos suficiente importancia a la oración que Cristo dejó a los suyos: **"¡Venga a nosotros tu Reino!"**; junto con **"Dios Solo"**, es la divisa de la Congregación, y la divisa de las Congregaciones de la Asunción.

En nuestra Regla de Vida la palabra Reino se encuentra por lo menos veinticinco veces. Y también la encontramos, en otros escritos nuestros, a cada momento.

Me he preguntado por qué el Reino, así como el nombre de Jesús, es para nosotros tan suave como un bálsamo. Dilata el corazón, moviliza las energías, nos da la audacia para emprender cualquier tarea.

¿Qué es lo que le da al Reino una fuerza tan grande de consuelo y a la par de desgarrar en nuestras vidas? El amor, un gran amor de Dios, de Jesucristo, del mundo.

He empezado a reflexionar sobre esta experiencia. He hecho memoria, he rezado, he meditado, he estudiado. Me gustaría compartir con vosotras algo de mi itinerario y, a la vez, invitaros a seguir el vuestro, individualmente y en comunidad.

Espontáneamente he ido a la Palabra de Dios, hacia Cristo y lo que el Reino era para Él. Esto me ha llevado a un período de estudio bíblico y de meditación, tratando de penetrar más profundamente en esta Realidad misteriosa y grande. Os comparto algunos aspectos bíblicos que me han llamado más la atención.

EL REINO EN LA BIBLIA

No se trata de hacer aquí teología, ni elaborar una doctrina sobre el Reino. Esto además de imposible es inútil porque: por una parte, el tema es demasiado amplio, me sobrepasa; por otra, no quiero daros una visión exclusiva de "la Asunción", con respecto al Reino.

- Aunque las palabras Rey, Reino, Reinado, no presentan problemas para nosotras, son sin embargo términos un poco extraños para nuestros contemporáneos cuando se quiere hablar de Dios.
- El concepto de Reino se arraiga en la historia de Israel: una larga experiencia que se ha ido desarrollando a lo largo de los siglos. Es una experiencia de Dios como Soberano, por encima de todo poder cósmico o humano: de un Dios que, no sólo rige el universo, sino que se ocupa también de su pueblo, que se pone de su lado e interviene en su favor. "He oído el grito de mi pueblo... He bajado...". Creador y Salvador, el Señor es también

¹ Orígenes. 1, 2ª parte, capítulo 11. Carta al P. Lacordaire: es uno de nuestros textos fundadores en el que M^a. Eugenia habla del Reino.

² Hoy los historiadores y los canonistas insisten en la importancia del cuarto voto como una de las maneras de expresar un rasgo esencial del carisma de las Congregaciones.

Aquel que se ha ligado íntimamente a su pueblo por una alianza de amor.

Las expectativas de los hombres del tiempo de Jesús eran diversas: es decir, la forma que tomaría el Reino, la manera como se realizaría. Hoy sucede lo mismo.

- Dios intervino en favor de su pueblo de un modo definitivo y total en la persona de Jesús. En Jesús el Reino está más cerca, la Buena Nueva de la Salvación se ha manifestado. Su vida, su enseñanza y sus acciones, su comunidad, su muerte y su resurrección son proclamación y realización del Reino. Jesús jamás definió el Reino. Pero basta con contemplarle; nada del Reino puede separarse de Él. Su persona es el contenido completo de su mensaje. La fuente de este mensaje y de su acción era la unión íntima con el Padre, el Abba.

Lo que cuenta para Jesús es la causa de Dios. Por ella vivió y murió. Puesto que el reconocimiento de la soberanía de Dios es Salvación para el hombre, la Causa de Dios es la causa del hombre.

- En su Reino, el amor es la ley, la santidad. Un amor absoluto, imposible para los hombres; pero es el asunto de Dios que lo da gratuitamente y se complace en derramarlo en el corazón de los pobres, es decir, aquellos que aspiran ardientemente a la justicia de Dios, que acogen la fuerza del amor y la viven en la gratitud, el servicio, el perdón. El Reino se da a aquellos que tienen el atractivo y la valentía de lo absoluto: los niños. En él los últimos son los primeros, los marginados y los excluidos son invitados y colocados en el lugar de preferencia.
- La muerte de Jesús es la última realización de su servicio y de su misión por el Reino. Jesús conquistó el Reino y se convirtió en Rey para siempre por el don total de su vida y el abandono confiado al Padre en la Pasión. Desde entonces todos pueden tener vida en Él.

El paso por la muerte atestigua que el Reino consigue la victoria sobre las realidades más duras y más terribles de este mundo. Este camino tiene que ser el mismo para los discípulos de Jesús.

- El Reino de Dios está entre nosotros, pero al mismo tiempo se está aún realizando en la historia. Es presente y futuro a la vez. Tiene un aspecto escondido y otro de crecimiento.
- El Reino no pertenece a ningún territorio; no es de este mundo pero tampoco está fuera de él. Al contrario, invita a cada uno a un compromiso en el "hic et nunc" de su vida. Todos están invitados insistentemente pero son libres. Hay que definirse frente al Reino, dejarse interpelar, decidir si se está en pro o en contra, entrar en él o no. Para entrar en el Reino es preciso renacer.
- Jesús hizo suya la oración de su Pueblo: "Que Él pueda establecer su reino en nuestra vida"³. La venida del Reino es y será la obra personal del mismo Dios. Jesús hace orar a sus discípulos y a nosotros: "¡Venga a nosotros tu Reino!".
- No hay pastor sin rebaño. Jesús reunía en el nuevo Pueblo de Dios a los que habían acogido el mensaje del Reino; es una comunidad de creyentes, de convertidos; de pecadores perdonados, todos llamados a una vida nueva.
Palabra y Pan, Jesús se entrega, don sin remisión al mundo en su Iglesia. A San Pedro se le llamó la Roca y recibió las llaves. La Iglesia es sacramento del Reino, co-extensivo con la historia, parte visible del Reino y a su servicio hasta el fin de los tiempos.

En resumen, el Reino está ahí donde se reconoce y se celebra a Dios como Dios, el único Absoluto, en su mundo, en nuestras vidas; ahí donde se acoge la salvación, donde se acepta y se vive el Evangelio a la manera de Jesús, en Jesús; donde Jesús es Rey, donde se vive, se recibe, se comparte el amor de Dios. "Gloria de Dios y Felicidad de los hombres" (R.V.).

Os propongo algunos puntos. Sin duda que encontraréis otros como las Bienaventuranzas, el perdón, la paciencia. Quiero sencillamente invitaros, como Religiosas de la Asunción, a leer la Escritura en términos de Reino e intentar penetrar un poco más su misterio. La pregunta es sencilla: ¿Qué significa para tí el Reino?

* * *

El estudio bíblico, sin embargo, no se detiene ahí; se hará contemplación... La contemplación bíblica se completa con la contemplación del Reino en la vida del mundo de hoy. La una ilumina la otra; la una llama a la otra. La contemplación es vida. Esta comprensión del misterio no se concede al que mira apresurada o superficialmente. Pero si queremos, poco a poco, la Belleza y la Urgencia del Reino se apoderarán de nosotras y nos llevarán por un camino de conversión irreversible. Compartiremos con María Eugenia y a su manera la pasión por el Reino de Jesucristo.

³ "Glorificado y santificado sea su gran Nombre, Amén, en el mundo que ha creado según su voluntad. Que Él pueda establecer su reino durante su vida. Y durante nuestros días y la vida de toda la casa de Israel. Rápidamente y pronto. Amén". Oración del Qaddish judío.

1. EXTENDER EL REINO DE CRISTO EN NOSOTRAS⁴.

Amar el Reino y sus costumbres.

A cada una le toca hacer la experiencia del Reino en su vida, entrar en él. El Reino nos atrae y nos llama a ser "**hijos del Reino**" (Mt. 13). Hay que sumergirse en él, adaptarse a su clima, asimilar sus valores, amar el Reino y sus costumbres; dicho de otra manera: hacer que Cristo reine en nosotras, según la expresión de la M. María Eugenia y de Emmanuel d'Alzon.

Os escribo aquí, dejando hablar al corazón (en el estilo que ya empezáis a conocer), algunas reflexiones sobre lo que creo importante para nosotras hoy para que Jesucristo reine más plenamente en la Congregación.

▪ La oración y el Reino

"¡Venga a nosotros tu Reino!" Al darnos el Pater, Jesús nos ha enseñado explícitamente lo que hay que hacer. Orar. Además, esta oración nos sitúa plenamente en nuestra relación justa ante Dios: "Padre nuestro", dice Jesús. En el centro del mundo de Jesús, que es el Reino, se encuentra un Padre (Abba) lleno de ternura y cercano. Sólo Él puede hacer que el Reino venga; a nosotros nos toca acogerlo. Esta oración expresa un deseo; al mismo tiempo, lo suscita y lo profundiza. Recemos con Jesús, en Jesús, con nuestros hermanos y en su nombre: "¡Venga a nosotros tu Reino!".

Hay otra oración de Jesús: el Salterio. Ahí, día tras día, y varias veces al día, estamos en presencia del Reino: celebramos la soberanía de Dios y la llamamos:

"¡El Señor reina, la tierra goza! (Sal. 96)

"Decid a los pueblos: ¡El Señor es Rey!" (Sal. 97)

"Elévate sobre el cielo, Dios mío;
para que se salven tus predilectos,
que tu mano salvadora nos responda. (Sal. 107)

"Te ensalzaré, Dios mío, mi Rey...
Una generación pondera a la otra tus hazañas.
Difunden la memoria de tu inmensa bondad...
Que proclamen la gloria de tu reinado" (Sal. 144).

Recordamos su bondad para con toda la creación y su presencia en nuestra historia, así como sus hazañas.

Lloramos el sentimiento de su ausencia, nuestras dudas ante el mal. Los expresamos "en Iglesia" y dejamos que se transformen en confianza y paz.

Alabanza, intercesión, lamento, acción de gracias, aclamación, jalonan las horas.

Si no tenéis tiempo para hacer un estudio bíblico, tratad de prestar atención a todo cuanto se refiere al Reino a través del Salterio: al soberano, al Reino, a la preocupación por su Reino. Esto bastará para educar el corazón, agudizar la mirada, discernir el Reino en vuestra existencia y en el mundo.

La oración es el espacio vital del Reino en nosotras. Une el cielo y la tierra, lo visible y lo Invisible, el Creador y la creatura. Forma e informa nuestra actividad para el servicio del Reino. "Desplegamos" nuestro corazón ante el Padre para que lo llene, para que reine en él. En la oración nos transformamos en llamada al Reino de Dios y de su Cristo, deseo, consentimiento, disponibilidad.

▪ Entrar en la dinámica del Reino

La dinámica del Reino nos compromete en un camino que, estando en el mundo, no conoce sin embargo horizonte, un camino que se sitúa entre el ya y el todavía no. Es de una exigencia absoluta en el sentido de que no solamente quiere todo sino incluso lo imposible. Sin embargo el Reino nos compromete en la dinámica de una esperanza absoluta. Lo que es imposible a los hombres es posible a Dios. Jesús nos demuestra insistentemente que ni nuestro pasado, ni nuestras enfermedades (¡inmadureces psicológicas!), ni incluso nuestros pecados pueden cortarnos el camino. Al contrario. Jesús no para de demostrarnos que Él invita al Reino - hoy y ahora - a los que están más lejos, los más perdidos, los que son más "inadmisibles", los menos preparados. El amor de Jesús nos urge a seguirle sin mirar atrás, sin segundas intenciones. Nos llama a estar con Él; esto basta.

⁴ Al llegar aquí me doy cuenta que, una vez más, mi carta se alarga... Por esto me decido a enviar esta reflexión sobre el Reino en dos partes, en dos cartas separadas: I.- Extender el Reino de Dios en nosotras. II.- Extender el Reino en el mundo.

Dicho esto, en este camino será necesario hacer muchos esfuerzos. Por sencillo que sea, no quiere decir que sea fácil. La facilidad en las cosas importantes no tiene ningún valor. Embarcarse en el seguimiento de Jesús es prometerse una carrera de obstáculos. Me atrevo a decir que es necesario emprender un trabajo de perfección. Si tenéis más de cuarenta años, os chocará que resucite esta vieja expresión; si tenéis menos, la expresión tiene la posibilidad de encontrar una resonancia nueva. Trabajar por nuestra perfección; es la ascesis necesaria de toda vida contemplativa y apostólica, el subsuelo de toda vida de santidad, para que el Reino venga en nosotros.

La perfección que Jesús nos exige se sitúa por completo en la Paternidad amorosa de Dios: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto". La única perfección que se nos pide es la del amor; amar a Dios, hacer todo por amor a Dios solo, amar al prójimo, todos los prójimos hacerse prójimo.

En vistas a esta perfección llamo vuestra atención sobre tres aspectos:

- Somos, seres de deseos. Si queremos que Jesús reine en nosotros, es necesario algo más que una veleidad, que un anhelo. La Belleza, la Urgencia del Reino nos atraen. Las deseamos, pero un conjunto de pequeños deseos surgen y solicitan nuestro corazón. Estos pequeños deseos, mezquinos, pueden distraernos, y acaban por ahogar la conciencia del hambre y de la sed de absoluto que nos habita. Satisfacemos nuestros pequeños deseos y nos quedamos hambrientos sin darnos cuenta de ello, salvo en raras ocasiones. Primero, hay que tener el valor de renunciar a los deseos que están en contradicción con nuestra opción fundamental. Y también saber desprendernos de ese trabajo concreto, de esa amistad, esa comodidad, tantas cosas... que son lícitas, buenas, pero cuya búsqueda descentra la atención del corazón de Aquel a quien hemos escogido como el Todo de nuestra vida.
- A través de las decisiones de cada día, las opciones y las renunciaciones, el deseo de Dios se hace más profundo, se alimenta, ocupa cada vez más sitio en nosotros y nos permite salir al encuentro del inmenso Deseo que Dios tiene de nosotros.
- Lo que tengo que decir sobre la intención va en el mismo sentido de lo que acabo de decir sobre el deseo. Es otra manera de ver la misma realidad de nuestro corazón. ¿Por qué hacemos lo que hacemos? ¿Por quién lo hacemos? Podemos hacer milagros, convertir multitudes, gozar de éxtasis, pero os aseguro que si nuestra intención no va directamente hacia Jesús, Él no reinará en nosotros. Enseñar, escribir, encontrar a los otros, limpiar, cualquier actividad puede realizarse para Dios o para sí mismo. Hay que verificar siempre la dirección, perfeccionarla. Si el acto es fácil o difícil, costoso o agradable, no importa; lo que cuenta es la orientación del corazón, la motivación. Este aspecto esencial, la pureza de intención, no basta dejarlo a la dirección general de nuestra vida, al hecho de que nuestra vida está "consagrada" a Dios. Es una persona, un corazón entero el que debe ir directamente a Dios, y cada vez más directamente. Esto se trabaja. Lo que no es para Él, es para engrandecer nuestro gran pequeño yo. Es sí o no. Nos queremos demasiado a nosotros mismos, y es normal; no nos queremos muy bien, y esto es también normal. De todas maneras, hemos sido creados para amar a Otro, para encontrar nuestra Vida descentrándonos de nosotros mismos. ¡Dichosos los limpios de corazón!
- En cuanto al amor al prójimo, creo que no necesitáis que os hable. Me limito a señalar el esfuerzo continuo, no sólo de benevolencia en general, de perdón, de aceptación de los demás, sino también de los mil pequeños esfuerzos para hacernos más suaves, más fáciles en el trato, más atentos y más capaces de escuchar, más pacientes, humildes, sonrientes, más ordenadas o puntuales, ¡qué se yo!, tantos otros pequeños detalles que tejen las relaciones fraternas, de amistad, y que manifiestan la seriedad de nuestro deseo de ser a imagen de Cristo a causa de Él y para los otros. Todas somos demasiado "esto" y no suficientemente "aquello", no llegaremos a corregir todos nuestros defectos. Pero no se nos pide semejante perfección; lo que cuenta es el esfuerzo. No quiero decir tampoco un esfuerzo que tense o que angustie. El esfuerzo del que hablo es totalmente cristiano: nace de un deseo, se pacifica en la comunión con Cristo, se realiza en la pobreza y el abandono por lo que todo nos es dado gratuitamente.

▪ **Amar lo que no amamos**

Amemos lo que no queremos: la cruz. Me gustaría proponer que la cruz llegue a ser un aspecto normal de nuestra vida. Quienquiera que se ponga en camino con Cristo, no necesitará mucho tiempo para comprender algo de esta paradoja y de este misterio. Los apóstoles se encontraron rápidamente ante la realidad del sufrimiento y su divina necesidad ("Es necesario...", "Era necesario..."). El discípulo no es más que el Maestro; obtendrá el céntuplo con persecuciones, es la participación en la misión de Cristo.

Hay que esperar que en nuestra vida personal y en nuestra misión se presenten dificultades y sufrimientos. Resistimos; no estamos exentos del miedo, de la "lentitud" para comprender, ni del endurecimiento de los discípulos. ¡Pero es bueno estar prevenidos!

Creo que cada una de nosotras comprendió que cuando respondió a la llamada de Cristo a seguirle en la vida religiosa, se comprometía con la Cruz. Nosotros, que hemos hecho profesión a causa del Reino, hemos emprendido esta aventura por una triple renuncia. Los votos conducen a la Vida; pero el que no ha medido el radicalismo de esta opción y las rupturas que implica, ignora aún la grandeza de la Promesa.

Los autores espirituales se han vuelto comedidos en este terreno, pero no por ello el sufrimiento ha desaparecido. Hay sufrimientos tontos e inútiles que nos creamos nosotras mismas o en los que nos sumergimos, sufrimientos que podemos aprender a evitarlos. Pero en el fondo esta ayuda sólo nos enseña el verdadero sentido del sufrimiento, el cómo sufrir.

El culto "a los sacrificios", el dolorismo y el masoquismo desenmascarado de nuestros días, la capacidad y la tendencia a analizar todo en nosotros y en los demás, nuestro conocimiento de lo que en otro tiempo se llamaban "las causas segundas", nos han creado (en nuestras culturas - sobre todo occidentales - pero también en casi todos los ambientes religiosos) una gran ilusión. Hemos llegado a creer que todo problema o todo lo costoso es remediable, evitable, o sencillamente insoportable. Sin querer que nos inventemos ocasiones de sufrimiento, o, lo que sería aún peor, que dramaticemos nuestras heridas considerándolas como crucifixiones, pienso que tenemos que examinarnos sobre nuestra teología de la cruz. La cruz cotidiana de nuestras angustias y nuestros defectos, de nuestras incapacidades y nuestras enfermedades (la edad), de todo lo que nos viene de los demás – esa cruz que es la nuestra – es buena porque está iluminada y transfigurada por la Cruz del Gran Rey⁵.

El Reino de Dios, que está en medio de nosotros aquí y ahora, está poblado - escándalo para muchos, incluso de entre nosotros - de bienaventurados que sufren y lloran. El dolor y la felicidad no se excluyen entre sí, el sufrimiento y la alegría no son contradictorios.

¿Cuánto tiempo necesitaremos para aprenderlo?

▪ Dejar que Dios sea Dios

La soberanía de Dios quiere decir que, finalmente, Él es quien gobierna el Universo y quien conduce nuestra historia. Israel leyó y releyó su historia a la luz de la acción salvadora de Dios y de su fidelidad a Él mismo en su Alianza con su Pueblo. (¡La relectura se hace siempre después!) El sentido de nuestra vida se encuentra en Dios y no en nosotros. No está al final de nuestros razonamientos sino de nuestro reconocimiento de su Presencia y en la aceptación confiada de su Amor.

Los proverbios del Reino como "dejar a los muertos enterrar a los muertos", no son prescripciones de obediencia pero piden una apertura total a Dios. Dios rompe nuestra lógica humana; contesta nuestra suficiencia que nos hace imaginar que somos nosotras las que damos coherencia a nuestra vida. El encuentro con el Reino produce un choque. Como las parábolas y los proverbios de Jesús nos lo muestran, la sabiduría, la justicia humanas son invertidas y superadas.

La acción del Señor en nuestra vida, o sencillamente en la vida, es a menudo un sinsentido según nuestra manera de ver. Trastoca nuestras ilusiones sobre el justo orden que debe reinar en ella y contradice nuestras pretensiones de prescribir el desarrollo de los acontecimientos. Si estamos abiertas, atentas al Presente, examinaremos nuestra situación habitual con una mirada nueva, cuestionaremos nuestra escala normal de valores, nos cuestionaremos a nosotros mismos.

A Dios no lo podemos medir, ni explicar, ni "comprender" por nosotros mismos, ni en su ser ni en sus "costumbres". Sus caminos no son los nuestros. Dicho de otro modo, tiene el derecho a entrar en nuestras vidas cuando y como quiera. No hay ninguna razón por la que deba corresponder con nuestras ideas o nuestros planes. Al contrario, trata de enseñarnos el abandono no solamente respecto a lo que poseemos - sea de la índole que sea - sino también de nuestra vida para que Él pueda llenarnos de su Vida. Somos capacidad de Dios. Y nuestra fe-confianza "consiste en dejar que Dios sea Dios en lo más íntimo de nuestro ser", a dejarle establecer ahí su Reino.

Dios nos toma en serio; toda la existencia de Jesús es la prueba de ello. Nos ha confiado responsabilidades; respeta nuestras libertades. Pero ni las capacidades humanas ni nuestro pecado pueden limitar su Bondad y su Poder.

Incluso si las fuerzas del mal (la cizaña) están actuando en el mundo, no pueden vencer a la Vida. Ni las guerras, hambres, conflictos, ni las conflagraciones pueden abolir su Bendición y su Promesa. Nuestro mundo, los Universos, están bajo su Amor; el Espíritu de Amor nos encamina hacia Él. Los Hindúes tienen la audacia de llamar al mundo y todo lo que contiene el "juego de Dios". Veo ahí (sin suscribir su filosofía) una profunda intuición. Sólo somos niños pequeños, sus hijos. Se complace en nosotros, en su Hijo.

Dios es Dios. Dejemos el espacio para la adoración en nuestra vida (el espacio entre Él y nosotros) y encontraremos ahí nuestra Alegría.

CITA

En la próxima carta escribiré largo sobre la Iglesia. Pero no puedo dejar, al terminar esta primera parte sobre el Reino de Dios en nosotros, de insistir sobre la vida sacramental. Por encima de todo otro medio o de toda práctica, a traves de espiritualidades y dones diferentes de la naturaleza y de la gracia, Cristo está presente para nosotros de

⁵ Mi experiencia me ha hecho constatar que el fracaso es a veces la cruz más difícil de reconocer y de asumir. Alcemos los ojos y contemplemos "el fracaso" del Amor; aprendamos del Crucificado el sentido de la elevación que es la exaltación del Hijo (Cfr. Jn. 12).

un modo supereminente en los sacramentos que recibimos a través de la Iglesia. El Reino toma "cuerpo" realmente en nosotras a través del encuentro frecuente, asiduo, fiel (lleno de fe y confianza) con Cristo en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía.

* * *

El acostumbrarse a vivir en la dinámica del Reino, a buscarlo sin cesar, se forma. El Reino, sin embargo, no puede convertirse nunca en una costumbre como acabo de decir más arriba; no se puede llegar a ser un asiduo del Reino. La costumbre de la que hablo es la de estar al acecho, de acoger diariamente, de convertirse. El P. de Montcheuil escribe que no "hay instalación definitiva en el Reino de Dios; si no se busca en cada instante el entrar en él, se sale uno de él sin darse cuenta de ello".

Temería que nuestra idea del Reino se quede demasiado vaga: si volamos algo bajo sería una manera un poco anodina de considerar a la Iglesia, a las comunidades, a nuestra vida, o una manera sociológica de concebir la justicia, la libertad y la paz del Reino. Si volamos demasiado alto nuestra idea quedaría en un ideal "escatológico" en el sentido de una Utopía.

Que el Reino se convierta para cada una en una experiencia de amor: de conocimiento y de intimidad - una comunión en el Corazón de Jesús, en su Amor al Padre y en el Amor del Padre a la humanidad.

"A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del Reino de los cielos..." ¿Habéis entendido estas cosas? Sí, le respondieron. (Mt. 13,11.51)⁶.

Vuestra en Cristo Jesús.

S. Clare Teresa. r.a.

Superiora general.

⁶ La TOB (Traducción Ecuménica de la Biblia) indica en una nota la importancia en Mateo de la comprensión, que es atención a la enseñanza de Jesús y compromiso en un camino nuevo.